

podríamos llamar buenas excusas con respecto a nuestra mala conducta. Es igualmente erróneo sentir lástima por consigo mismo por el cúmulo de circunstancias que exigen rendición de cuentas. "Gnoethi Seauten!", dice el antiguo adagio griego — "Conócete a ti mismo". Si es de presentar al mundo una personalidad integral y positiva, hemos de comenzar por insistir en una transparencia y diáfandía de alma sin tacha en nosotros mismos.

Esto, empero, no significa que hemos de llegar a ser introvertidos al punto de dudar de la honradez del motivo de cada acto o decisión. Tampoco es la honradez del propósito garantía de que el mundo siempre nos dará crédito por el deseo que tengamos de hacer lo que es correcto. Lo que los demás puedan pensar de nosotros no es de primordial importancia.

Alguien, acaso, podría haberse preguntado en el curso de la lectura de estas líneas, por qué honradez y verdad han sido tratados bajo el mismo epígrafe. En alguna forma su competencia se desarrolla en esferas totalmente diferentes. Sin embargo, desde un punto de vista personal, las dos van constantemente unidas en un espíritu de abnegación y de valerosa convicción. Los santos han sido hombres y mujeres que despreciaban el medio personal en bienes de este mundo cuando ello implicaba superfluidad en cuanto a sus necesidades o corrupción de cualidad y motivo, y adhirió a la verdad tan apasionadamente que buscaban la íntima unión con Dios, aunque tal determinación les costara persecución y muerte. Cristo, el irreprochable líder, declaró que las aves tienen sus nidos y las raposas sus madrigueras, mientras Él no ha tenido donde reclinarse la cabeza (Mateo 8, 20). Como que para Él no existía acepción de personas, por lo que respecta a la verdad, fue conducido a la muerte en el madero de la cruz. Y no obstante es a Él, por su diáfana abnegación, a quien debemos las bendiciones de nuestra existencia y la esperanza de una vida eterna.

Lo que es verdadero, genuino y sincero siempre permanecerá en crédito de la personalidad humana. Lo que es falso y meretricio, simulado; lo que es ostentación y falta de honradez, todo esto arrastra necesariamente a la desintegración y quedará eventualmente desmascarado. La norma de desarrollo para la personalidad cristiana e integridad personal es clara. La mente humana no puede hallar descanso ni reconciliación a no ser en el hábito de una constitucional sinceridad para consigo mismo.

En último análisis, integridad personal significa más que self-respect. Finca esencialmente en un espíritu de desinterés. Tan sólo inquiriere por lo que es correcto y justo; busca de dar verdadero valor donde encuentra valor. Se interesa únicamente por lo que puede hacer prosperar toda causa digna, el bien común. El hombre que es una sola cosa consigo mismo, es, por la misma prueba, un benefactor de la humanidad, una legítima fuerza de progreso, una luz en la oscuridad de la confusión, una columna de fuerza para todos aquellos que titubean en la penumbra y que sin embargo se hallan destinados a arribar a la luz.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5, 6). †

EDITORIAL

(Continuación de la pagina 38)

del mundo en busca de una verdad absoluta que dé firmeza a su vida y a su pensamiento en crisis.

Acción sobrenatural, desde luego, destinada a la conservación y edificación del Cuerpo Místico de Cristo; acción, por consiguiente, que debe estar vivificada por la gracia la oración. No deseñemos en modo alguno este apostolado, que es propio de todos los fieles cristianos por el hecho mismo de pertenecer a la Iglesia; y menos en estos tiempos en que el naturalismo ambiental nos seduce, y trata de inspirarnos excesivamente confianza en el poder de los simples medios naturales.

Mi Inspiración

¿Quién me arrullaba en medio de mi sueño?
¿Quién me llevó a la hermosura del mundo?
¿Quién me acarició con un amor sincero?
Por quien siempre anhelo aunque lejos de mí,
Es nadie más que tú, mamá.

Tú eres la luz de mi infancia,
la esperanza y consuelo de mi juventud;
y en tus tiernos abrazos y caricias
siento el amor ardiente
de un corazón noble y puro.

En los momentos de incertidumbre y desesperación
sólo tus palabras me alivian en mis penas;
eres mi consuelo en la soledad y tristeza,
como en aquellas noches frías
cuando me protegías.

Ahora que estoy lejos de ti,
tu hija que te busca, para satisfacer
un deseo ardiente.

Tú siempre me inspiras en esta
trabajosa vida;
Una inspiración me das para que
triunfe después.

¡Mamá! — ¡Qué palabra más hermosa!
¡la pronunciaré para siempre!
¡La mantendré grabada en mi corazón!
Doy gracias a Dios que tengo
una madre como la mía
el más precioso tesoro que poseo
en esta vida.

— LOURDES B. UNABIA
B.S.E. II

— LUIS EUGENIO